

Formación Sábado Santo

El miedo del Seguimiento

Nadie dijo que fuera fácil. Seríamos unos temerarios o unos insensatos si pensáramos que vivir el evangelio no supone complicarte la vida, arriesgar y luchar..., sabiendo que unas veces tocará ganar, y otras perder. Aunque creamos de verdad que la lógica de Dios vence, el camino no siempre es fácil.

A medida que maduras, si es que alguna vez lo haces, te vas dando cuenta de que la realidad es complicada, que tú mismo eres frágil, que un horizonte precioso y apasionante, como es el del Reino de Dios, tiene sus costes, y no sabes si te ves capaz de asumirlos. El miedo a seguir a Jesús es parte de la fe.

¿Qué tememos? Tememos equivocarnos en los caminos que elegimos, o que la parte de exigencia que esto tiene nos desborde. Tememos no ser suficientemente buenos. Tememos estar solos en el camino. Tememos fallarles a los nuestros, fallarle a Dios... Nos preguntamos a menudo, y en muchos momentos de la vida, qué consecuencias tendrán para nosotros determinadas opciones vitales. Entonces planteamos hipótesis sobre lo que puede ocurrir. Nos ponemos en lo peor, y acaso nos asalta la incertidumbre: «¿Y si se nos apaga el amor?», piensa el enamorado ante la tesitura de comprometerse hasta que la muerte nos separe. «¿Y si dejo de sentir esta pasión?», piensa el religioso antes de hacer sus votos. «¿Y si me hacen daño o mis palabras se vuelven contra mí?», piensa alguien antes de denunciar una situación injusta. «¿Y si todo esto no fuera verdad?», se atreve quizás a pensar quien da el salto al vacío de la fe.

Y entonces te asalta la tentación de la huida. Piensas que quizá sea mejor no aspirar a tanto, aceptar una cierta medianía, soñar menos, creer menos, anhelar menos. Vivir un poco más al día. Protegerte antes de que lleguen los golpes (por si hubieran de llegar).

Es normal tener miedo. Es humano. En tantas facetas de la vida. Lo contrario es ser un temerario o un necio. Tememos porque amamos. Nos asusta perder a quienes queremos. Miedos hay de muchos tipos: al fracaso, al rechazo, al silencio, a la soledad, al dolor, a la muerte... El miedo es un motor más de nuestra vida, que nos lleva a ser prudentes en algunas circunstancias, y lúcidos en otras. No debe paralizarnos, pero a veces complementa otros sentimientos, y así nos evita caer en la temeridad insensata de quien nada teme.

El temor del evangelio. Lo vemos a menudo. Lo descubrimos en tantas figuras e historias, y de tantas formas...¿Y no será miedo lo que paraliza al joven rico,

incapaz de decidir, de elegir? ¿O lo que inquieta a esos discípulos a quienes Jesús explica la radicalidad del seguimiento?

Por otra parte, está el temor que se despierta en nuestra humanidad frágil cuando decidimos lanzarnos por el camino del evangelio. El propio Jesús llorará angustiado en el Huerto, sin saber lo que le espera, temeroso de que todo cuanto ha hecho no tenga sentido, y asustado por la Pasión que adivina. María se estremece ante el saludo del ángel, sin entender bien qué es lo que pasa. Pedro, aterrorizado, negará a su maestro al verse acosado. Miedo sienten los discípulos ante la tormenta que puede hacer volcar su barca, ante la hostilidad que el mensaje de Jesús despertaba en las autoridades de su tiempo, cuando Jesús les anuncia una pasión que no terminan de entender, o cuando permanecen ocultos en Jerusalén, temerosos de los judíos, que pueden hacerles correr la misma suerte que a su maestro.

Sin duda, el miedo forma parte de nuestra vida, en cuanto somos personas. Y forma parte de nuestro seguimiento de Jesús. Quizás, en según qué contextos, las amenazas y los problemas no son los mismos. Pero también hoy vivir el evangelio plantea incertidumbres y zozobras. En contextos de violencia, donde toca denunciar la injusticia, sigue habiendo quienes mueren o afrontan la persecución por su testimonio, aunque hoy no aparezcan en los medios. Siguen dando la cara y alzando la voz por quienes no pueden hacerlo. Y muchas veces arriesgándolo todo por el camino. ¡Claro que asusta arriesgarlo todo!

Asustan los compromisos que implican saltar al vacío. Asusta cerrarte puertas a la espalda. Asusta arriesgar sin mantener todas las seguridades. Asusta renunciar a algo. Asusta vivir la humanidad que nos enseña Jesús de Nazaret, porque es una humanidad vulnerable y dispuesta a entregarse. Asusta que en algún momento se seque la fuente de la que bebemos, y encontrarnos entonces sedientos y vacíos, incapaces de seguir siendo cauce de nada.

Antes, por lo que cuentan, Dios también asustaba. Daba miedo a muchos, temerosos del infierno y del castigo. Dios se veía entonces como un juez implacable que estaba preparado para descargar su cólera con el transgresor. La confesión terminaba siendo el aliviadero de esos temores, y la fe podía pesar como una losa brutal en las conciencias. Hoy creo que, afortunadamente, Dios nos da más seguridad que pavor. Los miedos tienen mucho que ver con nuestro tiempo, nuestra historia, lo presente y lo que la vida pueda depararnos.

El que ama teme que se apague el amor. Hay quien teme no decidirse nunca por nada. El que es un poco lúcido teme descubrir, en algún momento, que ha dejado demasiadas cosas por hacer. El que intenta evangelizar teme el rechazo, el fracaso o la falta de respuestas. El inseguro teme la duda, y a veces se refugia en seguridades excesivas.

La última palabra es del amor. Ésa es la clave para afrontar nuestros miedos. No se trata de negarlos ni de intentar acabar con ellos a toda costa. Se trata de colocarlos en su lugar. Claro que seguiremos temiendo. Siempre. Somos humanos. Ya apuntaba más arriba que el miedo es, a menudo, el reverso del amor. Tememos porque somos capaces de poner el corazón y la vida en juego. Si amo a alguien, temeré perderle, y tendré que aprender a vivir desde esa provisionalidad, porque a las personas no las poseemos. Lo importante, entonces, es amar. El evangelio nos enseña a amar una lógica, una humanidad posible; a querer a las personas en lo que tienen y en lo que pueden llegar a ser.

¿Te asusta vivir el evangelio de verdad? ¡Pues claro! No podía ser de otro modo, siendo, como es, una propuesta de vida auténtica, capaz de asumir alientos y desalientos, luces y sombras, gozo y sufrimiento ante el sueño de una humanidad reconciliada. ¿Te asusta no ser capaz de vivirlo? ¡Pues claro! Si de nuestras propias fuerzas se tratase, no creo que nadie pudiera sostenerse en ese camino. Pero **donde abunda el miedo, sobreabunda la gracia.**

La valentía nos la da Dios, que hace que nos parezca posible su propuesta. El coraje y el empuje nos lo da un Jesús que nos muestra que es posible ser persona a su manera –aunque te cueste a veces sudar sangre. La fortaleza o la decisión la encontramos en el testimonio valiente de tantos hombres y mujeres en quienes reconocemos los destellos de un Dios vivo en nosotros. La radicalidad nos la da la fe en que la última palabra la tiene la Vida.

La experiencia nos va enseñando a resistir en las tormentas, a saber, que mil veces podremos estrellarnos en muros de incompreensión, de fragilidad, de inseguridad propia o ajena..., pero mil veces encontraremos en Dios la mano tendida y la palabra de aliento para ponernos en camino de nuevo. Y le encontraremos también en otras personas, que serán en nuestro camino apoyo y hogar donde reponer fuerzas.

Al final, vivir el evangelio supone arriesgar. Porque supone vivir a fondo. Nadie dijo que fuera fácil. Pero es apasionante. Y así tiene que ser.

CUESTIONES PARA LA REFLEXIÓN INDIVIDUAL Y EN GRUPO

- Hemos celebrado el gran amor de Jesús por nosotros hasta dar la vida ... quizás toca ahora plantearnos cómo respondemos nosotros a ese amor... ¿Qué significa para mi seguir a Jesús? ¿qué implica en mi vida ser cristiano?
- Seguir a Jesús significa implicarme con toda mi vida... ¿estoy dispuesto?

- Los discípulos intentaban seguir a Jesús y encontraron dificultades, tuvieron miedos... ¿Cuáles son mis dificultades? ¿y mis miedos?
- Si lo tengo, puedo revisar mi proyecto de vida... ¿me ayuda a seguir a Jesús? ¿me ayuda a amar más? o ¿es solo un reflejo de mis propias metas?